

Algo se está moviendo

Carlos LARRÍNAGA
Historiador y politólogo

La llegada de Joe Biden a la Casa Blanca ha provocado un importante giro en la política exterior de Arabia, de la mano del príncipe heredero Mohamed bin Salman (MBS). Su implicación directa en el asesinato y descuartizamiento del periodista opositor Jamal Khasoggi en el consulado saudí de Estambul en 2018, realmente, tuvo muy pocas consecuencias, ya que, en ningún momento, se ha considerado un apestado dentro del panorama internacional. Menos aún con Donald Trump, a quien los árabes supieron engatusar en su viaje a Riad a base de adulación y de contratos multimillonarios. Impresionado por el lujo oriental y la chequera de los petrodólares, el engreído ex presidente no movió un dedo para resolver este asunto, habida cuenta de que Arabia ha sido, tradicionalmente, un aliado fiel en la táctica americana del Próximo Oriente. Por el contrario, Biden siempre ha tenido una posición crítica con el sátrapa, por lo que, desde su acceso al poder, las relaciones se han ido tensando progresivamente. También es verdad que, para Trump, el reino saudí era determinante para el sostén a la operación Abraham, por la cual Israel ha ampliado notablemente sus vínculos con los países de mayoría musulmana. Biden no ha desdeñado esta estrategia, pero es evidente que no se siente cómodo con un personaje como MBS. No obstante, tras la invasión de Ucrania y la subida de los precios del crudo, el mandatario estadounidense estaba dispuesto a aflojar a cambio de que Riad aumentase su producción, algo que no ha hecho, con lo cual el enfado en el Despacho Oval es considerable. Esto parece indicar que MBS no perdona a Biden sus despectivos comentarios hacia él por el affaire Khasoggi, sabedor de la cierta dependencia norteamericana por el acantonamiento de tropas en suelo árabe para seguir manteniendo el control en la región.

Sin embargo, en el tiempo transcurrido hasta el conflicto ruso-ucraniano, la diplomacia saudí no ha estado ociosa, sino más bien lo contrario. Aun manteniéndose Arabia como aliada de los Estados Unidos, su aproximación a otras potencias hace que debamos estar muy atentos a diferentes movimientos de calado que se están produciendo en esta parte del mundo. Primero ha sido el restablecimiento de relaciones diplomáticas entre Riad y Teherán, tras siete años de incomunicación. La labor de China en esta mediación ha sido determinante. En sus ansias de expansión industrial y comercial, Pekín no desea focos de conflicto que puedan perjudicarla desde el punto de vista económico. Así, para China, negocios y diplomacia han ido de la mano. Ahí está su expansión en Asia, África, América Latina y hasta Europa. Los escenarios bélicos no le favorecen y por eso el protagonismo alcanzado a comienzos de esta centuria. Su propio plan de paz para Ucrania estaría en esta misma lógica. Que Arabia e Irán, paladines del sunismo y del chiismo, respectivamente, hayan pactado constituye un logro, que, por un lado, contribuye a traer la paz a una zona tan castigada como ésta, y, por otro, deja en fuera de juego a Estados Unidos y a Israel, que ve con muy malos ojos este acuerdo.

Una consecuencia del mismo han sido las negociaciones en Yemen, una nación desangrada por la guerra desde 2015, donde se ha producido una de las mayores catástrofes humanitarias de las últimas décadas, con 4,5 millones de desplazados internos. Según la ONU, con 24,1 millones de personas, el 80% de la población está necesitada de ayuda humanitaria y protección. La sublevación de los hutíes (chiitas), apoyados por Irán, supuso la formación de una coalición internacional comandada por

Riad que no ha tenido ningún miramiento en arrasarlo, cometiendo fechorías de todo tipo ante el silencio cómplice de la comunidad internacional. La tregua conseguida en 2022, auspiciada por Naciones Unidas, terminó fracasando, de suerte que las conversaciones abiertas en estos momentos son una auténtica oportunidad para el alto el fuego permanente y para hacer negocios, pues se calcula que se necesitarán 25.000 millones de dólares para la recuperación y la reconstrucción. Sin duda, puede ser una buena ocasión para chinos o árabes.

Este acercamiento de Arabia a China e Irán abre las puertas a reforzar ese grupo de estados despóticos, en el que Vladimir Putin y Xi Jinping son los auténticos adalides, queriendo servir de contrapeso a Occidente. Muy poco exigentes en credenciales democráticas y en derechos humanos, en torno a Rusia y China se está nucleando una alternativa factible frente a Estados Unidos y la Unión Europea. Los sistemas dictatoriales pueden ver en él una tabla de salvación para hacer valer su fuerza en el tablero mundial. Pero no sólo, pues incluso aquellos regímenes híbridos (Turquía) o algunas democracias, como India, asimismo se están sintiendo atraídos por este eje en expansión. Desde comienzos del siglo XXI la democracia ha entrado en barrena a nivel mundial y las opciones autoritarias van ganando terreno. Esta es una de las principales razones para que Occidente esté fracasando a la hora de aislar a Rusia. La seducción que despliega este nuevo polo es evidente y busca ser un contrapeso a Washington. Aquí la posición de MBS resulta muy significativa.

2 de mayo de 2023

Publicado en *El Diario Vasco*, 5 de mayo de 2023, p. 24